

dimento de los manjares. Era muy apasionado á comer bien, y decia que si esto fuera reprehensible, no se darian tan grandes festines y convites en honor de los Dioses. Para con las mugeres ocultaba su erudicion con el velo de lo chistoso, y solo dejaba caer aquellas agudezas que podian divertir las. Gustaba de agradarlas, y se complacia de su mismo rubor y resistencia. Como se dominaba perfectamente, destilaba sobre ellas la seduccion; y las envolvía en ella con tanto arte, que pocas evitaban sus lazos. Su casa era el punto de reunion de la mejor sociedad. Su filosofia dulce y suave, su jocosidad, las sales de su entendimiento, y sus dichos ingeniosos y lisonjeros hacian delicioso su trato. Estaba dotado de tal sagacidad, que para conocer á un hombre no necesitaba mas que oírle hablar. « Que hable como quisiere, decia; con tal que hable, eso me basta. »

Conocia profundamente los negocios, y era ligero y entretenido en las concurrencias y festines. Escogia las espresiones con felicidad, y sus chanzas eran finas sin ser picantes. Con la misma facilidad que hablaba de la política, hablaba del amor, de la moral, de la religion, de los placeres y de la muerte.

CAPITULO III.

Comida de Aristipo.

CONVIDÓME á comer, algunos dias despues de mi presentacion. Fuí á su casa al ponerse el sol, y hallé que habia muchos convidados. No aguardaban mas que á Aristipo y á la filósofa Lastenia, su amiga, á quien yo no conocia. Entráron juntos. Aristipo llevaba un vestido de púrpura, empapado en olores suavísimos. Lastenia iba adornada con toda la sencillez y gallardía de las gracias. Caianle sobre la espalda sus cabellos castaños y ensortijados. Flores decoraban su cabeza y seno, y este era su mas rico ornato. Nos hicieron bañar; nos perfumáron con éncias; y luego entrámos en el salon del convite, donde quemaban inciensos y perfumes. En lo interior se veia un bufete, en el que ostentaba el lujo vasos de oro, de plata y sobredorados, y algunos guarnecidos de piedras preciosas. Saliéronnos al encuentro unos esclavos con coronas de flores, que nos pusieron sobre las cabezas (1), y con jarros para verternos agua sobre las manos. Sorteóse el rey de la fiesta. Cayó la suerte sobre Xantes el peri-

patético, quien ordenó los brándis, y arregló las leyes de la comida, y los tiempos en que habíamos de beber.

Nos colocámos sobre camillas, al derredor de una mesa que laváron repetidas veces. Las cubiertas de nuestras camillas eran de color de púrpura.

Entró en aquellas circunstancias el sofista Filoxenes; y sorprendido de la abundancia y del aparato del festin, arqueó las cejas, y dijo á Aristipo, que tanta profusion y lujo no sentaban bien á un filósofo. Aristipo le satisfizo sin alterarse: « Mi querido Filoxenes, dame el gusto de contarte entre los nuestros. » — Eres sobradamente agasajador, Aristipo: no hay fuerzas para resistirte. — Ya que Aristipo le vió colocado, y comiendo con buenas ganas, le dijo: « Estimado Filoxenes, para responder á tu censura sobre la suntuosidad de mi mesá, te voy á contar lo que me sucedió con Andron el estoico. Compré en su presencia una perdiz por cincuenta dracmas (ciento y ochenta reales de vellon): me reprendió, lo mismo que tú, un gasto tan excesivo. Escuchéle sosegadamente, y le pregunté: ¿Comprarias la perdiz, si no te costase mas que un óbolo? — ¿ Quien lo duda? me respondió. — Pues yo, Andron, estimo las cincuenta dracmas lo mismo que tú un óbolo. — Veo que no es la ostentacion y la

buena mesa lo que te exaspera, Filoxenes, sino el gasto. » — El sofista conoció muy bien la aplicacion, pero no por eso comió menos.

El primer servicio consistió en ostras y en varias especies de conchas marinas, unas crudas y otras compuestas; en huevos frescos de gallinas y de pavos reales (los de estos últimos eran mas estimados); en piés de puerco; en cabezas de cordero; en menu-dillos de ternera, y en langostas, de que gustan mucho los Atenienses, y abundan los mercados. Nosotros reservámos las primicias de los manjares para el altar de Diana.

En el segundo servicio, pusieron caza, aves, y esquisitos peces.

Advertí que muchos convidados daban platos á sus esclavos. Dijéronme que aquella era la costumbre, y que todo convidado podia regalar á sus amigos.

Al empezar la comida, gustó Aristipo ligeramente una copa de vino, y la entregó á su inmediato, para que la fuera pasando de mano en mano á la redonda. Aquel primer brándis es el símbolo de la fraternidad de los convidados. A él se siguiéron otros. Aristipo brindó á nuestras saludes, y nosotros le correspondimos al instante. La copa primera tenia un tercio de vino sobre dos de agua. Insensiblemente se fué esta disminuyendo, y se acabó por saciarse con vino puro.

Lastenia tomó despues una cítara, y cantó, acompañandose, un himno en honor de Baco, con voz suave, melodiosa y flexible. Poseia el arte de modularla á cualquiera tono, y los versos eran de su propia composicion. Su canto puro, hechicero, hacia algunas veces olvidar su belleza, y esta á su turno distraia frecuentemente la atencion del oyente. Se la aplaudió mucho mas aun con el corazon que con las manos.

Todos los convidados, con ramos de laurel y de mirto en las manos, cantáron alternativamente acompañandose con la lira.

Rogóse á Cleomenes el Tebano, poeta ditirámico, que cantase un ditirambo: gran adorador de Baco, no deseaba otra cosa. Empezó por decirnos que el culto de este Dios habia sido trasportado por los Frigios á la isla de Naxos, de donde se habia esparcido al resto del Arquipiélago, y llegado hasta Tebas. Baco no halló adoradores mas celosos y mas entusiastas que mis compatriotas. Bien pronto adoptáron este género ditirámico los poetas griegos. Se le quiso al principio sujetar á leyes, dandole las trabas de la oda; mas la libertad y el desórden son la esencia de esta poesia, la cual acompañada de la danza fué inventada para animar á los danzantes, por su atrevimiento y por la viveza de sus movimientos.

En el origen de este género, los poetas ditirámicos quisieron imitar los furores de la embriaguez; y quebrantando todas las barreras, hicieron pasar á su poesia la locura y la indecencia que reinaba en las fiestas de Baco, y las mas audaces y mas obscenas expresiones. La extravagancia subió á tal punto, que para designar un hombre sin juicio, se decia que era un compositor de ditirambos. De aquí tiene tambien origen este proverbio: «*Esto es menos inteligible que un ditirambo.*»

Limitóse este al principio á celebrar el nacimiento de Baco; abrazó despues todas las acciones de este Dios; y bien pronto el ingenio atrevido y turbulento de los poetas aplicó este género de poesia no solo á todas las divinidades, sino tambien á las acciones de los hombres.

El ditirambo exige todavía mas sublimidad, entusiasmo é invencion que la oda: es necesario que el poeta, impaciente con el Dios que le agita, presente ideas nuevas, fuertes y maravillosas: su diction debe ser animada, impetuosa y estrepitosa, sus movimientos rápidos y variados. Empero para apoyar con el ejemplo, mas persuasivo siempre, la idea que os doy del ditirambo, voy á cantar uno del poeta Timoteo: al punto le entonó con una voz agradable, y todos parecieron encantados de esta obra maestra de poesia.

Cuando llegó mi vez, confesé, aunque con rubor, que yo no entendia la música; con lo que hice ver que habian descuidado mi educacion (a).

Alabó uno de los convidados á Aristipo su magnificencia, su buen gusto, su mesa esquisita, y exaltó su felicidad; á lo que Filoxenes repuso: Epicuro no gastaba mas que un as (cosa de seis maravedís) en cada comida, y sin embargo era feliz. — ¿Y lo era tambien, le preguntó Lastenia sonriendose, cuando atormentado por los dolores de la gota exclamaba: *Soy dichoso; este es el último y el mas afortunado día de mi vida?* — No lo dudo, Lastenia. — Pues yo, Filoxenes, opino que aquello era jactancia y descaro filosófico. — Por lo menos, dijo Aristipo, supone mucho valor, pues él mantuvo aquella firmeza hasta su último instante. La naturaleza no puso esclusivamente la felicidad en ser rico ni en ser pobre, sino en la flexibilidad del alma, y en la sabiduría de la conducta, porque el pobre goza de las mismas sensaciones y deleites que el rico. ¡Que extravagantes son los mas de los hombres! Cuando tratan de

(a) Con todo eso, los Atenienses no se vanagloriaban de diestros en la música. Poscian la perfeccion de este arte las dos naciones de menos talentos y más groseras. Los de Beocia sobresalian en tocar la flauta, y los de Arcadia en el canto.

comprar bienes y muebles, toman todas las precauciones imaginables á efecto de no ser engañados; pero cuando se trata de un sistema de conducta que los haga felices, no ponen el menor cuidado. Muchas veces ha variado la escena del mundo en el tenor de mi vida. Mas de una vez he trocado mi capa de púrpura por un paño muy grosero; y circundado de la indigencia he hecho producir rosas á un campo aridísimo.

Era yo dueño de muchos bienes, cuando dejé á Cirena mi patria, para ir á Atenas á gozar de sus delicias, y á cultivar mi razon. Estudié, bajo la direccion de Socrates, con mucho empeño, pero con no menos iba tras de los placeres: de modo que ansioso de felicidad agoté en poco tiempo mis riquezas. Abrí los ojos en el mismo borde del abismo. Vendí muebles, caballos, joyas y vestidos. Envolvime en una capa grosera, caminé con los piés desnudos, puseme un sombrero viejísimo, y fuí á ocultar mi vida en Enoe, pueblo del Atica. Allí me mantuve con legumbres y raíces; y allí me forjé nuevos placeres, porque mi carácter enérgico era superior á la situacion mia. El paseo y el estudio llenáron mis ocios. Cierta dia se llegó á mí un hombre rico á preguntarme: ¿que le llevaria por instruir á su hijo? — Seiscientas dracmas, le respondí. — Por Baco te aseguro,

me replicó, que con ese dinero podría comprar un esclavo. — Harás bien, le añadió: compra uno, y con eso tendrás dos. — Laches se encolerizaba contra los filósofos que estaban sin cesar á las puertas de los grandes. — Eso significa, le dije, que los médicos acuden diligentes á la puerta de sus enfermos.

Como el placer debe ser el primer móvil de todo ser que piensa, y como uno de nuestros filósofos, poeta, ha dicho muy felizmente *que el amor haria adorar á la divinidad en un país de ateos*, no descuidé el culto de este hijo de Venus; mas en lugar de las brillantes hermosuras de Atenas, escogí una aldeana sencilla, inocente y fresca como la primavera. Abriase la rosa sobre su frente virginal, ligeramente empañada por el sol. Para agradarla, me hice igual suyo; ayudabala á sacar agua y á ordeñar su cabra; cargaba á mis espaldas el haz de leña, encendía el fuego, limpiaba las yerbas, y comía con la madre y la hija sobre una mesa tan maltratada por los años como la de Baucis. Un plato de legumbres, un pedazo de queso componian todos nuestros servicios. Cuando asistí despues á los banquetes suntuosos y elegantes de Dionisio de Sicilia, reia de los juegos de la fortuna. Mi amable Milza tenia todo el candor y la inocencia de su edad y de su clase. Acuermome que en un momento

muy vivo, en que yo solicitaba con ardor mi felicidad, me preguntó si la prometia casarme con ella. « El matrimonio, la respondí, pondria el colmo á mis deseos; pero os amo demasiado para proponeroslo. El oráculo de Delfos me ha declarado que mi primera muger moriria seis meses despues de la boda: ¿querríais esponer vuestra vida? — No, no quisiera morir. — Ni yo esponeiros, me sois demasiado cara. » Fué pues forzoso el pasar sin la ceremonia del matrimonio. Hallaba esta intriga tanto mas agradable, cuanto que no me distraia nada de mis estudios, y que bebia en la copa del placer sin pasion y sin temer la embriaguez. El triste Filoxenes le dijo entónces: « ¿Confesaréis que hoy no trataríais de seducir á esa muchachita? — Trataria todavia de agradarla, si me inspiraba deseos. — ¡Como! ¡un filósofo como vos, discípulo de Socrates! — Un filósofo como yo sabe lo que valen las preocupaciones y los sofismas de los pretendidos sabios. Si una muger científica os pudiera ser útil por sus conocimientos y su talento, ¿os negaríais al placer de escucharla? — Buscaria por el contrario su conversacion. — Si fatigado por la sed y el calor, hallárais una sombra fresca bajo la cual corriese una agua clara, pienso que beberíais de esta, y que os reposaríais debajo de aquella. — Sin duda; lo uno y lo

otro tienen su utilidad y su fin. — Pues bien: así como el agua, la sombra y la muger científica tienen su utilidad y su fin, así también tiene su utilidad y su fin la muger hermosa, que es el placer, del cual me permito gustar, como me permito gozar de la frescura de la sombra, y de la conversacion de una muger amable é instruida.»

Cayó despues la conversacion sobre el soberano bien. «Epicuro, nos dijo Aristipo, quiere que consista en el placer y en la carencia del dolor. — Esa definicion, replicó Filoxenes, ha desacreditado su moral y sus costumbres. — Pero sin razon, añadió Aristipo, porque, aunque se leia á la puerta de su jardin: *Aqu es el deleite el soberano bien*, no daba á sus huéspedes mas que pan y agua, y decia que no podia vivirse arregladamente sin seguir la senda de la sabiduria y de la justicia.»

Filoxenes. Zenon, gefe de los Estoicos, opinaba que la salud, la reputacion, las riquezas y las demas ventajas no eran bienes, y escluyó de la clase de males la pobreza, la ignominia y el dolor. «La virtud sola, dijo, basta para la felicidad nuestra, y el sabio siempre es dichoso, cualquiera que sea su situacion.» — *Aristipo*. Creo muy bien que el sabio tiene mas motivos de consuelo que los que no lo son, ya sea en las tribulaciones, y ya en las cadenas; pero solamente un loco

puede esclamar que es feliz en un caso igual. Un ignorante, que bebe buen vino y que disfruta de su manceba, es seguramente mas afortunado que un sabio en una prision, reducido á pan y agua. — *Filoxenes*. El sabio de Zenon es un ser sin pasiones, cuya alma ni aun siente los latidos de la compasion. Los Estoicos graduan de debilidad este sentimiento. — *Aristipo*. Ese ser exagerado se parece al sabio verdadero, del mismo modo que una estatua de Hermés á un ser animado. No es ese mi hombre. — Ni el de mi sexo, repuso Lastenia. — *Aristipo*. Los Peripatéticos son los filósofos mas razonables: convienen en que el hombre es un compuesto de cuerpo y de alma. Necesitase pues la reunion de los bienes físicos y morales, para componerle un existir agradable y análogo á los deseos de la naturaleza. Salud, bienes y consideraciones, son para ellos verdaderas riquezas: dolores y escasez, males verdaderos; pero la virtud es superior á todos los bienes, y el vicio es el mayor de todos los males. — *Filoxenes*. Nunca confesaré que las riquezas sean verdaderos bienes. — *Aristipo*. ¡Como que! ¿ni aun cuando asistes á una buena comida? — Este chiste dió mucho que reir. — Mas para terminar la disertacion, continuó Aristipo, vease cual es mi dictámen sobre este objeto. No creo que la felicidad

consista solo en los placeres; lo que sí creo, es que está en el mas activo uso de nuestras facultades, y en los cuidados y trabajos con que procuramos dichos placeres, ó sea la fortuna ó la celebridad.

Y para demostraros casi matemáticamente cuan poco aseguran nuestra felicidad las grandezas y los caudales, os citaré el ejemplo de Dionisio de Siracusa, á cuya inmediatecion viví mucho tiempo. Tenia despejado talento y rectitud de juicio; pero la ambicion le constituia desgraciadísimo. Rodeado del lujo, y sentado en el trono, venia frecuentemente á buscar consuelos á mi lado, cuando yo jamas necesité que él me consolara. Cierta dia me ofreció un puesto eminente para fijarme en su corte. « No me quiteis, le dije, la dulzura de vivir con mis iguales. » Siempre estaba circundado de sospechas y de terrores. Habia mandado fabricar una casa subterránea, circuida de un foso ancho, en la que no entraban su muger é hijos hasta que se despojaban de sus ropas, porque temia que llevasen armas ocultas. Nunca iba sin coraza. A su barbero, porque dijo un dia, chanceandose, que su vida estaba entre sus manos, le mandó matar; y en lo sucesivo él propio se quemaba la barba (a). Dió muestras de amarme

(a) No menos agitado vivia Cromwel de los terrores

mucho, si es que los tiranos pueden amar, porque me colmó de beneficios. Verdad es que yo contribuia á que comiese delicadamente. Yo era el presidente de sus festines, y me embriagaba con él. Un dia le dí una leccion muy filosófica. En una expansion de amistad ó de generosa franqueza (bien que algo acalorado del vino), me dijo que formara un deseo, y que juraba satisfacermelo. Pedile tantos granos de trigo cuantos produjese el número de las casas de un tablero de ajedrez, doblando siempre, y empezando por un grano en la primera casa, dos en la segunda, cuatro en la tercera, y asi de las demas. Todos riyéron de la cortedad de mi peticion, y Dionisio me la otorgó riendo mas que todos. Pero luego que hicimos el cálculo, hallámos que no hubiera podido pagarme todo el trigo de la Sicilia y del Egipto.

En otra ocasion le pedí un talento que necesitaba. « ¿ Es posible? me preguntó con risa sardónica. ¿ Pues no me has dicho mil veces que el sabio de nada necesitaba? — Y he dicho bien, le repuse; pero dad, y luego ventilarémos este asunto. » Asi que tuve la suma

de la tiranía. Iba siempre con coraza, cargado de armas ofensivas, y rodeado de satélites. Tenia doce habitaciones para dormir, y ninguno sabia en cual de ellas pasaria la noche.

pedida, le añadió: «Ya veis que el sabio de nada necesita.»

Aquí llegaban, cuando entraron algunos jóvenes. Dejaron la mesa para bailar, porque el baile es uno de los mas grandes placeres de los Atenienses.

El poeta Cleomenes tomó la lira, y cantó sus versos bailando. Vino despues á descansar junto á mí, y le pregunté si se terminaban todos los festines con este ejercicio. — «Sí, me dijo, los Griegos son de todos los pueblos de la tierra los que gustan mas de la danza; es entre nosotros una parte de la gimnástica: aun los médicos la ordenan en muchas enfermedades: es cosa de todas las edades y condiciones, y anima las fiestas y los banquetes. Anacreon, el padre del placer, decia en su vejez, que estaba siempre dispuesto á danzar. El anciano Socrates ha bailado, inspirado por Aspasia. Todos nuestros filósofos hacen el elogio del baile (a). En todas las fiestas, despues de haber cantado las alabanzas de la divinidad que se quiere honrar, se ejecutan bailes que representan los rasgos mas bellos de su vida. Bailanse el triunfo de Baco, las bodas de Vulcano, y las de Pales: muchachas, coronadas de flores y

(a) Aristoteles, Ateneo, Xenofonte, Plutarco y Luciano han elogiado el baile.

adornadas con vestidos elegantes y con sus atractivos, bailan los amores de Diana y Endimion, la huida de Dafné, el juicio de Paris, y el rapto de Europa á quien el Amor lleva sobre las ondas.»

Volviéron despues á la mesa, y sirviéron varios postres para escitar el apetito, y aceitunas y vino. Al acabar, hicimos nuestras libaciones, y bebimos en honor de Jupiter Salvador (2).

Habia yo estado atento á los discursos de Aristipo. Hablaba con tanta erudicion y gracia, y su filosofía era tan adaptada á la debilidad y naturaleza del corazon humano, que imponia silencio y atencion.

CAPITULO IV.

Enamorase Antenor de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella.

PERO la bella Lastenia atrajo á ratos mis ojos ácia su persona. Mezclóse poco en la conversacion; pero su acento era tan puro, su voz tan persuasiva y lisonjera, y tal su espresion cuando hablaba, que para mí fué un pesar la sobriedad de sus palabras. Separéme de ella llevandome su imagen impresa en el corazon.

Por una casualidad feliz la encontré al dia siguiente por la mañana en el Partenon (3).